

José Íñigo Aguilar Medina\*

ANTROPOLOGÍA

*Resumen:* Ya en 1982, la ONU determinó que toda persona que cuente con sesenta años o más se le considere de la tercera edad, razón por la cual debe gozar de derechos especiales; sin embargo, en ocasiones no sólo no se reconocen sus nuevos derechos, sino incluso se les conculcan, en razón de su estado de vulnerabilidad, esos mismos derechos humanos que son siempre inalienables. Por tanto, la tarea de la sociedad tiene que ver con la promoción de un cambio radical en la solidaridad, en el compromiso entre generaciones y en las representaciones sociales mediante las cuales se construyen y norman las relaciones intergeneracionales, es decir, se hace indispensable crear una nueva cultura de la ancianidad que promueva su salud y bienestar.

*Palabras clave:* adultos mayores, salud pública, derechos humanos.

*Abstract:* Already by 1982 the United Nations declared that all individuals sixty years of age or older be regarded as elderly, and thereby be entitled to special rights. However, on occasions, not only were their new rights not recognized, but also these same ever inalienable human rights were also violated, given the state of vulnerability of the elderly. Therefore, it is up to society to promote a radical change in solidarity, in the commitment between generations, and in the social representations by which inter-generational relations are built and regulated. In other words, it is essential to create a new culture for the aged that promotes their health and wellbeing.

*Keywords:* elderly, public health, human rights.



## El binomio salud-enfermedad entre los ancianos de la ciudad de México

**E**s común estimar al anciano sólo con base en el estereotipo que lo señala como una persona siempre menguada en sus capacidades físicas y mentales; esta percepción permite considerar que todo adulto mayor ha dejado de tener aptitud —tanto desde el punto de vista de las obligaciones económicas como familiares y sociales— para asumir responsabilidades, o hasta para proponer y llevar a cabo proyectos propios para guiar y desarrollar su vida, por lo cual se le considera parte de la población en estado de pasividad y dependencia. Sin embargo, lo descrito en dicha imagen social no resulta ser siempre cierto para el total de individuos que llegan a dicha edad, pues resulta cada vez más claro que no todos los viejos presentan los mismos tipos de características que antes se utilizaban para representarlos. Eso se debe, sin duda, a que la manera de vivir en la actualidad este periodo de la vida se elabora en una sociedad cada vez más compleja, bajo muy variados modelos, lo que ha dado origen a la existencia de diversos modos de ser y de vivir la ancianidad; en consecuencia, ha quedado rota en la vida cotidiana la tradicional efigie social del viejo, y ahora sólo puede servir como una muy simplificada metáfora.

De la misma manera, se considera que al llegar a dicha edad, acompañada o no por la enfermedad o la incapacidad, se espera que los hijos se hagan cargo del cuidado y también —cuando es necesario— del sostenimiento económico de los padres ancianos; esta obligación con frecuencia se extiende para incluir otros parientes de edad avanzada, como son los abuelos o tíos: un compromiso que se considera ineludible sobre todo cuando estos últimos mantuvieron, de alguna manera, una relación que comprendiera todas o algunas de las responsabilidades adscritas socialmente a los padres.

Es necesario tener en cuenta el cambio del modelo económico impulsado por las transformaciones científicas y tecnológicas de la globalización, las cuales han sumido a la sociedad en un ambiente de desencanto social que da como resultado un aumento en las tendencias que refuerzan el

\* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

individualismo y hacen a un lado los esfuerzos por alcanzar el bien común, lo cual favorece una mayor desigualdad económica y social.<sup>1</sup> La tarea de la sociedad tiene que ver con la promoción de un cambio radical en la solidaridad, en el compromiso entre generaciones y en las representaciones sociales,<sup>2</sup> con base en las cuales se han construido y normado las relaciones intergeneracionales; es decir, se hace indispensable la edificación de una nueva cultura de la ancianidad que promueva su salud y bienestar.

En la Asamblea del Envejecimiento celebrada en 1982, la Organización de las Naciones Unidas determinó que toda persona que cuente con sesenta años o más se le considere de la tercera edad, razón por la cual debe gozar de derechos especiales; sin embargo, suele suceder que no sólo no se reconocen sus nuevos derechos, sino incluso se les conculcan, en razón de su estado de vulnerabilidad, los mismos derechos humanos, los cuales en todo momento —y sin importar las circunstancias que medien— son inalienables.

### Un nuevo perfil demográfico

No obstante la expoliación a la que el capitalismo ha sometido a los grandes sectores sociales de las naciones del Tercer Mundo, la población de México, como la de muchas otras regiones del planeta, está inmersa en un acelerado proceso de transición demográfica, el cual se caracteriza —por un lado— por las bajas tasas de natalidad, mortalidad y un descenso de la fecundidad y, por el otro, por un vertiginoso incremento de la esperanza de vida. Esto tiene como una de sus múltiples consecuencias el aumento vigoroso en el monto total y relativo de la población mayor de 60 años. Del mismo modo, las causas de la mortalidad han modificado su perfil: las enfermedades fatales han dejado de ser infecciosas y parasitarias para ser crónicas y degenerativas; y de presentarse a edades tempranas en la vida de los individuos, ahora lo hacen en las etapas tardías. Ello representa un claro indicador de que la población ha sido beneficiada

de manera importante —pero siempre en forma relativa y diferencial— en sus condiciones generales de vida, sobre todo en los ámbitos de salud, alimentación y educación, de tal manera que en las últimas siete décadas se ha visto poco más que duplicada la esperanza de vida.<sup>3</sup>

Sin duda el siglo XX significó el desarrollo de una revolución demográfica para México, de tal manera que en las cuatro próximas décadas se manifestará a plenitud una de sus consecuencias: la cual consiste en que el país pasará de contar con quince adultos mayores de 65 años por cada cien menores de 15 años, a enumerar 121 ancianos por cada cien adolescentes y niños de 15 años o menos,<sup>4</sup> lo cual en términos relativos significa que los viejos pasarán de representar 7% a constituir 25% de la población total del país.<sup>5</sup> Eso implica, entre otras cosas, la urgente necesidad social de desarrollar nuevas estrategias en las políticas públicas, para que en el corto plazo se permita a las instituciones y a todos los habitantes adquirir los valores, los conocimientos, las habilidades, las capacidades necesarias, en suma la nueva cultura de la ancianidad, tanto para asegurar su salud como para relacionarse eficazmente con su cada vez más numerosa y envejecida población.

En nuestros días el fenómeno del envejecimiento de la población se puede caracterizar en su transcurrir por tres vertientes: la primera queda representada por el incremento en el número y en la proporción de personas de 60 años y más; la segunda indica el aumento de los individuos de entre 80 y 100 años, es decir, no sólo aumenta el monto de los viejos, sino que entre éstos además se incrementa de manera notable la esperanza de vida. Lo anterior extiende el tiempo de vida que se alcanza después de la edad en que se supone debe ocurrir la suspensión de las actividades productivas, y que para un pequeño sector de la población se da junto con la jubilación, incremento que —entre otras cosas— ha

<sup>3</sup> “Evolución de la mortalidad y la esperanza de vida”, en *La población de México en el nuevo siglo*, México, Conapo, 2001, pp. 23-31.

<sup>4</sup> Roberto Ham, ciclo de conferencias “La población de adultos mayores: retos y oportunidades”, en línea [<http://www.conapo.gob.mx/prensa/2004/492004.pdf>].

<sup>5</sup> CEPAL, *Proyecciones demográficas 2003*, en línea [<http://www.cepal.org/celade/noticias/paginas/3/13233/DLE1973-Sintesis.pdf>]; Naciones Unidas, *World Population Prospects. The 2000 Revision*, Nueva York, 2001, t. I.

<sup>1</sup> Silvia Solís San Vicente y Carlos Arteaga Basurto, *Gestión social y evaluación de proyectos sociales*, México, ENTS-UNAM, 2009.

<sup>2</sup> Gilberto Giménez, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, México, Conaculta/ITESO, 2007, pp. 46-49.

contribuido a quebrantar los sistemas públicos de pensiones. La tercera vertiente se refiere a que, de manera constante, los pobres también han visto crecer su perspectiva de vida y el número de sus ancianos, quienes para allegarse lo indispensable para su sobrevivencia muchas de las veces sólo cuentan con la posibilidad de recurrir a sus redes familiares y sociales.<sup>6</sup> Sin embargo, ahora lo hacen en un número mayor y en un cada vez más prolongado lapso, ya que por definición carecen de todo sistema de prevención y de seguridad social, al tiempo que han perdido el papel que durante siglos detentaron los ancianos como receptáculos del conocimiento y del poder tradicional al seno de sus comunidades, y con ello el valor que socialmente se les otorgaba.<sup>7</sup>

#### Envejecer: un proceso

El envejecimiento es el resultado final del conjunto de las fases sucesivas propias de la vida de todo individuo, por ello la vejez no es un hecho que comprenda una sola dimensión, sino se constituye a partir de distintos procesos específicos: biológico, cronológico, psicológico y sociocultural;<sup>8</sup> éstos no siempre se hacen presentes de manera simultánea y de la misma forma en todos los individuos y grupos sociales; además, no siempre es posible tomar previsiones para revertir las características con que se manifiestan algunos de esos factores del envejecimiento.

El proceso sociocultural se refiere a la manera en que las instituciones y los individuos —con base en la tradición, en las costumbres y en las normas de su grupo— son preparados para percibir los elementos con que debe

identificarse a las personas ancianas, así como los términos en que se deben establecer las relaciones con ellas y el comportamiento socialmente asignado con el cual los viejos deberán conducirse en sus actividades y en sus relaciones sociales.<sup>9</sup>

Así, en el proceso de evaluar socioculturalmente lo que se percibe, se debe tomar en cuenta la apariencia física de las personas, pero también su edad, su grado de autonomía, de creatividad y de productividad, sus relaciones y redes sociales, si se han marchado los hijos, si son viudos, si dependen económicamente o si requieren ya de cuidados especiales; posteriormente se deberá analizar, en función de los valores aportados por la cultura del grupo, cómo se pauta el lugar y el trato que les corresponde, tanto en el ámbito privado como en el público: en la familia, en las actividades productivas, en las recreativas, etc. Sin embargo, en no pocas ocasiones se construye una imagen sociocultural estigmatizada del anciano con la que se prejuzga su capacidad, el uso de su tiempo, el desempeño de papeles, obligaciones, derechos y privilegios, mientras en el ámbito laboral se determina el periodo de su jubilación.

Asimismo, al cambiar la posición de los viejos al interior de la familia se establecen nuevos acuerdos que se reflejan en la estructura familiar, pero que a menudo los dejan en una situación similar a la vivida por los adolescentes cuando tratan de asumir un manejo autónomo de su persona y de sus actividades: se les impide porque se juzga que aún son niños; sin embargo, para realizar las tareas asignadas por los padres se piensa que ya son lo suficientemente maduros para afrontarlas.<sup>10</sup> Los viejos se encuentran con el hecho de que ya no tienen la capacidad de tomar decisiones por sí mismos, pero aún no están tan decrepitos o enfermos como para no hacerse cargo de las tareas y servicios que ahora los hijos o familiares más jóvenes les encomiendan.<sup>11</sup>

<sup>6</sup> Vicente Espinoza, “Redes sociales y superación de la pobreza”, en *Revista de Trabajo Social*, Santiago, núm. 66, 1995, pp. 31-44.

<sup>7</sup> María Rosa Martínez, María Gabriela Morgante y Carolina Remorini, “¿Por qué los viejos? Reflexiones desde una etnografía de la vejez”, en *Revista Argentina de Sociología*, Buenos Aires, año 6, núm. 10, 2008, pp. 69-90.

<sup>8</sup> Hugo Aréchiga y Marcelino Cerejido (coords.), *El envejecimiento: sus desafíos y esperanzas*, México, Siglo XXI, 1999; Teresa Gómez Carroza, “Heteroestereotipos y autoestereotipos asociados a la vejez en Extremadura”, tesis de doctorado, Extremadura, Universidad de Extremadura, 2003; Faviola Fuentes González y Claudia de Jesús Martínez Alarcón, “Imagen social del anciano en los adolescentes”, tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Trabajo Social-UNAM, 2006.

<sup>9</sup> María Rosa Martínez, María Gabriela Morgante y Carolina Remorini, *op. cit.*

<sup>10</sup> Inigo Aguilar y María Sara Molinari, *Adolescencia, identidad y cultura. El caso de la ciudad de México*, México, INAH (Científica, 525), 2008.

<sup>11</sup> Inigo Aguilar Medina y María Sara Molinari, Archivo de entrevistas a ancianos, México, DEAS-INAH, 2007-2008.

Por ello, es dentro de los límites del proceso sociocultural que se dan las condiciones que permiten incidir en ciertas características que siguen los procesos biológico, cronológico y psicológico, y desde luego en la formación, aceptación y transformación de los valores empleados para normar los criterios que usan los grupos sociales a fin de establecer cuándo una persona ha alcanzado la etapa de la vejez, y las conductas a seguir en cuanto al trato que se les debe dispensar en las distintas circunstancias que ofrece la vida cotidiana.

Por lo que el envejecer tiene que ver con un amplio conjunto de factores sociales, culturales y económicos, además de la herencia biológica y de las condiciones particulares en que cada individuo ha vivido su historia personal.

Sin embargo, no siempre las nuevas respuestas aportadas son las más adecuadas; por ejemplo, cuando se responde ante la pobreza y la enfermedad del viejo con su abandono y se le condena a la soledad y al ocio, cuando por mal trato se acelera su muerte y cuando se le niega el acceso a una pensión digna, se está ante manifestaciones socioculturales que pueden y deben modificarse, para así otorgarles a los viejos un marco de realización social, económica, cultural y de salud física y psicológica de buena calidad. Esta intervención debe considerarse prioritaria para el diseño de la educación y de las políticas públicas, por ser éste un sector de la población en franco crecimiento, tanto por su número como por el alto nivel de vulnerabilidad que presenta.

#### La vejez como problema de salud social

Con base en el contexto descrito se puede concluir que la vejez se ha constituido como un nuevo problema de salud social y debe ser abordado por las ciencias dedicadas al conocimiento del ser humano; se trata de un requerimiento evidente en tanto se relaciona con un fenómeno de creciente importancia, según la descripción aportada por estudios demográficos. Esa descripción señala el impacto actual de su gran magnitud, y el que seguirá jugando en el futuro inmediato en la dinámica de la sociedad. Así, pues, resulta indispensable analizar cómo su gran peso demográfico obliga a la creación de nuevos contenidos socioculturales sobre la vejez, lo cual

implica la necesidad de plantear el análisis directo de la realidad y poder dilucidar cómo se vive la vejez fuera del estrecho perímetro que trata de imponer el negativo estereotipo construido desde la perspectiva del liberalismo globalizador, así como para indagar cuáles son las nuevas situaciones y problemas por venir y a los que deben hacer frente tanto los mismos ancianos como las personas que no lo son, pero conviven con un número cada vez mayor de ellos y durante periodos más prolongados.<sup>12</sup>

Se hace necesario conocer cómo vive su vejez el adulto mayor que no es parte de la élite destacada por sus logros profesionales, académicos o artísticos, que ahora cuenta con más de sesenta años y aún debe seguir viviendo, inventando, construyendo y luchando porque se le reconozca un nuevo lugar en la familia y en la sociedad.

Por ello se considera necesario descubrir cómo responde la familia y la sociedad al reto de elegir “valores” para “construir” a la novedosa generación de los viejos en esta época dominada por la incertidumbre. Ahora bien, esa elección siempre es una prefiguración, pues los valores no son necesariamente acciones sino preferencias normativas de ella; en consecuencia muestran, indican, velan y desvelan la ruta que sigue la sociedad y sus diferentes sectores para construirse o reconstruirse.

#### Los entrevistados

Para describir lo cotidiano y el lugar que ocupan los ancianos en la sociedad de la zona metropolitana de la ciudad de México se realizaron entrevistas a 36 personas de 60 años y más, a fin de recabar los rasgos más relevantes de su historia de vida y del transcurrir de su cotidianidad.<sup>13</sup> De ellos, nueve son hombres y 27 son mujeres, pues además de que el porcentaje de mujeres en esta etapa de la vida es mayor al de los hombres, ellas siempre estuvieron dispuestas a ser entrevistadas, lo cual no siempre ocurrió con los varones; por tanto 75% de la muestra es femenina y 25% masculina. Los interrogados viven en 13 de las 16 delegaciones políticas del

<sup>12</sup> Leticia Robles Silva, Felipe Vázquez Palacios *et al.*, *Miradas sobre la vejez. Un enfoque antropológico*, México, El Colegio de la Frontera Norte/ Plaza y Valdés, 2006.

<sup>13</sup> Las entrevistas se dieron por concluidas el 4 de junio de 2008.

Distrito Federal, y en seis de 35 municipios conurbados del Estado de México.

Las edades de los consultados se sitúan entre 60 y 88 años, el criterio fue obtener grupos de individuos que estuvieran dentro de alguno de los tres periodos de la vejez: el primero compuesto con personas de 60 a 69 años, el segundo con las de 70 a 79, y el tercero que incluyera a las personas mayores de 80 años, aunque no se contara con personas de todas y cada una de las edades señaladas en los intervalos seleccionados.

Por grupos de edad se tiene que en el primer conjunto son 16 los entrevistados, tres varones y trece mujeres, 44.4% de la muestra; los de la segunda agrupación alcanzan la cifra de quince personas, comprenden de esta manera 41.7% de los consultados, tres hombres y doce mujeres; la última serie de la muestra incluye a cinco personas y comprenden 13.9% del total de los interrogados, con tres personas del sexo masculino y dos del femenino.

Sin duda los ancianos son una generación a la que le ha tocado vivir una notable transformación en sus condiciones de vida, en sus relaciones sociales y en el uso de la tecnología que hoy hace posible la vida cotidiana. De ello son fieles testimonios cada una de las historias de vida que relataron 36 ancianos entrevistados, para ilustrar esa situación y entender la dimensión de algunos de los cambios que les ha tocado presenciar. Lo primero que resalta al leer las 36 entrevistas es que en el aspecto tecnológico son una generación que nació y vivió, al menos hasta su juventud, sin disponer de la mayoría de aparatos que hoy son habituales en todo hogar, oficina o comercio, y sin duda viven sin algunos de los valores normativos con que fueron formados, ya que no existen más en la base de las relaciones sociales que rigen el comportamiento de individuos de las generaciones de renuevo.

### Conclusiones

**S**in duda las mejores condiciones de vida, que redundan en una mejor salud, han permitido gradualmente la presencia tanto de un mayor número de ancianos como el hecho de que puedan llegar a una edad más avanzada y con una aceptable capacidad física y mental; sin embargo, buena parte de ellos padecen alguna enfermedad crónica-degenerativa, la cual en no pocas circunstancias

les resta poco a poco la necesaria libertad en la toma de decisiones, en la autonomía que tenían para desplazarse y en la capacidad para poder seguir manejando por sí mismos las condiciones en que desean que transcurra su vida cotidiana. Por consiguiente, el ser viejo y la vejez adquieren un peso y una importancia jamás alcanzada en la historia de la humanidad, debido tanto a su dimensión demográfica como a la necesidad de “inventar” —socialmente hablando— la forma en que los ancianos, y también el resto de las personas, deberán desarrollar sus habilidades culturales para crear un espacio propio y adecuado para quienes transitan por esta “nueva” forma de vida, de tal manera que pueda dejarse atrás el antiguo estereotipo que marca esa etapa de la vida sólo como un periodo de decrepitud, y donde lo único que puede esperar es la enfermedad que lo lleve a la muerte.

Los relatos de vida también demuestran que los valores sociales continúan prescribiendo que la atención a los ancianos, sin importar su grado de incapacidad, corresponde en primer lugar a los hijos. Por su parte, los viejos esperan no ser internados en algún asilo o casa para ancianos; mas también declaran que antes que verse reclusos o tener que depender en todo de sus familiares prefieren la muerte, para no ser la razón de que se altere la vida de su prole con el tiempo y los recursos de que deberán disponer para otorgarles la atención necesaria. Por otra parte, en todos los casos se sienten seguros de que no serán abandonados cuando más lo necesiten. Basan dicha convicción en la calidad de los valores que, aseguran, supieron transmitir a sus hijos, y como garantía de ello advierten que disfrutaban ya de una nueva y variada gama de cuidados, y que responden a las nuevas condiciones que se generan conforme alcanzan una mayor edad.

En sus relatos también se ha podido apreciar que la mayoría de ancianos carece de los beneficios que otorga la seguridad social, y en los pocos casos en que se dispone de ella es tan exigua la cantidad monetaria otorgada que necesita ser completada con aportes de los otros miembros de la familia, en especial los hijos. En tal contexto, la pensión alimentaria que ofrece el gobierno a los adultos mayores ha resultado de gran importancia para los ancianos de bajos o nulos ingresos, tanto para permitir su manutención como para obtener

cierto grado de independencia; este hecho sin duda habla de la existencia de sólo un bosquejo de lo que debería ser la solidaridad social, pero es ya una base que servirá para más adelante poner en práctica una acertada política social que propicie, de alguna manera, la indispensable solidaridad intergeneracional en el ámbito de la vida pública.

Asimismo pudo constatar que el padecimiento que con mayor frecuencia limita a las personas en este periodo de la vida es el sobrepeso; también es común encontrar entre ellos enfermedades crónico-degenerativas como diabetes, osteoporosis e hipertensión arterial, además de limitaciones en el organismo derivadas de la pérdida tanto de agudeza visual y auditiva como de piezas

dentales. Esto hace más evidente que el único entrevistado, del primer grupo de edad, que realiza ejercicio físico, quien desde su juventud ha ocupado parte de su tiempo en la práctica de algún deporte, es el que mejor condición física y de salud posee, lo cual indica que una de las políticas públicas para mejorar a futuro las condiciones de vida es la de generalizar la práctica del deporte durante todas las fases de la existencia, actividad que sin duda constituye una inversión de capital importancia para asegurar una mejor calidad de vida a toda persona, en especial cuando llegue a la etapa de la ancianidad. Otra de las ventajas de la prevención consiste en la posibilidad de atenuar la saturación que hoy afecta a todo el sistema nacional de salud.

